V- La princesa / The princess

Confiando ella plenamente en la bondad de este hombre por la paz que irradiaba, la calidez y dulzura que transmitían sus palabras y la luz especial que de todo su ser parecía brotar, se dispuso a caminar con él. En solo unos pasos, se acercaron al primer escalón empedrado y al notar que el hombre seguía mirando con reverencia a este sitio, ella comentó:
- Una de las preguntas que tenía pensado hacerte, era por qué miras con tanto interés a esta calle. Ahora ya lo sé.
Aclaró el hombre:
- Es que aquí, ella dejó como estampadas, escenas muy especiales y poéticas. No puedo olvidarla a pesar del tiempo transcurrido y aunque ninguna de las personas que ahora pasan por aquí, lo sepan ni nunca lo descubran. Tocaba en este rincón dos temas clásicos también muy bellos: 1008 romance ruso (Не пробуждай воспоминаний) 1009 romance ruso (Клен ты мой опавший de Есенин)

Caminó el hombre de la túnica blanca lentamente por el empedrado de la Carrera del Darro. Le seguía la niña a su lado y ahora casi no se atrevía a preguntar nada. El silencio era tan denso, la luz de la luna tan misteriosa y etérea, el rumor de la corriente del río susurraba tan armoniosamente y la serenidad era tanta, que infundían respeto. Los sonidos de guitarra seguían vibrando como en una fina caricia que manara del viento. Y esto precisamente fue lo que la pequeña se proponía preguntar al hombre en el justo momento en que éste dijo:
- Vestida de princesa apareció una tarde por aquí.
- ¿Con qué ropa se vistió?
Preguntó la pequeña.

Se acercaban ya al segundo puente en este río por aquí, el conocido con el nombre de Espinosa. A su izquierda apareció el edificio de los baños árabes, cerrado por completo y solo. Dijo él:
- Justo aquí, sentada en este tramo del muro del río, la vi una tarde tocando la guitarra. Tenía sus pies en lo alto del muro, miraba para Plaza Nueva, vestía una bonita falda roja y en su cabeza, recogiendo la hermosa mata de pelo, portaba un pañuelo también rojo estampado. Tocaba, muy concentrada, su guitarra y de reojo observaba a las personas que se movían de un lado a otro. Me acerqué por detrás, las saludé y al instante me preguntó:
- ¿Qué se celebra hoy en Granada?

Era vísperas del tres de mayo. Por estas fechas, todos los años se celebra en Granada la fiesta de las cruces. En barrios, plazas, colegios y calles, elaboran cruces que decoran con flores y objetos antiguos. La tarde antes al día tres, si hace buen tiempo, los jóvenes y matrimonios con sus niños, salen a pasear por la ciudad y las muchachas, algunas, se visten de faralaes. Vestidos largos de vistosos colores y muy decorados. Ella, por primera vez en su vida, veía estas manifestaciones. Le hablé un poco de ello y me confesó:
- Es que me gustan mucho estos vestidos tan elegantes. Yo también tengo un vestido largo de color rojo. ¿Puedo ponérmelo?
- Ya estás viendo que de este modo hay muchas jóvenes trajeadas.
- ¿Y puedo ponerme mis zapatillos rojos de princesa?

En este momento, descubrí un poco más su mundo interno. Supe que ella, como casi todas las mujeres en etapa de juventud, también se sentía princesa. Y pensé en este momento, que este sueño suyo era tan valioso o más que la vida real por la que nos movíamos. Miré para las torres de la Alhambra sobre la colina clavadas e imaginé a las princesas que en otros tiempos, muchos años atrás, habían vivido en estas torres. Sus zapatos, vestidos de seda, joyas y otras cosas materiales, se desvanecieron en el tiempo y ahora, ni polvo queda de ello. También el tiempo se comió las riquezas que poseyeron, las fiestas que celebraron y las diademas que pusieron en su pelo. Igualadas han quedado, con el correr del tiempo, a otras muchas personas que vivieron con ellas.

Pero los sueños que soñaron, sus fantasías con reinos maravillosos y llenos de flores, agua y luz, puros y limpios quedaron en sus almas y corazones. Ni el tiempo ni nada ni nadie, han destruido ni destruirá jamás, el maravilloso mundo de sus ilusiones, fantasías y sueños. De aquí que en este momento, al revelarme ella que en su corazón se sentía princesa, mi espíritu se llenó de gozo. Estuve a punto de decirle: “Ser princesa, aunque en tu vida real seas pobre y ni para comer tengas, es muy valioso. Te trasciendes al maravilloso mundo de lo bello y puro y te conviertes en flor, poesía, música y luz en la esencia más pura de tu ser, el mío y el de todos los seres vivos. Porque sentirte princesa, indica que tienes un mundo propio, un cielo del color que te apetezca, amor a la medida de las necesidades de tu corazón, abrazos, besos y cantos de aves según siempre sueñes. Ser princesa en tu corazón, es poseerlo todo en el cielo más real y verdadero”.

Pero simplemente le dije:

- Ponte tus zapatillos y vestido rojo de princesa y paséate por este lugar de Granada. Quizá sean pocas las personas que se fijen en ti pero yo creo que esto no importa.
Y directamente me dijo:
- Es que yo, desde niña, he soñado con ser princesa y vestirme con el color rojo que te digo. En mi país, a lo largo de más de medio año, los paisajes están cubiertos de nieve. Blanco y frío por todas partes y por eso el color rojo me gusta mucho. Es el color de las aves camachuelos que buscan bayas en el centro de la extensa sábana blanca de la estepa. Son muy bellos porque el contracte del rojo y negro de sus plumas con el blanco de la nieve, rompe la fría monotonía de la blanca estepa.

Le pregunté:
- ¿Y te vestiste alguna vez de rojo para recorrer las llanuras de la blanca estepa?
- Mi traje rojo y mis zapatillos también rojos, me los puse una oscura noche de tormenta de nieve. Me sentía princesa y quería ir al encuentro de un príncipe de ojos verdes. Fue trágico aquel sueño mío pero muy bello. Una tarde, antes de que me marche de Granada, sentados en el mirador de la Silla del Moro, frente al barrio del Albaicín y frente a la Alhambra, te contaré este sueño mío.
- Me gustará oírlo.
Dije simplemente.

A la tarde siguiente, día de fiesta de las cruces, la busqué por esta Carrera del Darro. El sol lucía muy brillante, cayendo ya por el lado de la Vega y la temperatura era agradable. Muchas personas paseaban luciendo sus trajes de colores y largos, los turistas hacían fotos y el bosque en la umbría de la Alhambra, reflejaba verdes muy puros y frescos. La buscaba con la ilusión de verla vestida de princesa y, mientras recorría esta calle, iba muy atento por si oía los sonidos de su guitarra. Ninguna otra cosa me interesaba por este lugar, esta tarde. Y por eso me eran indiferentes los hippies con sus perros, los que ofrecen baratijas en trapos extendidos en las aceras y los que emulan bailes, cantes o toques de guitarras flamencas.

Al llegar a este puente, miré para la entrada del edificio de los baños árabes y la vi. Se había parado junto al pequeño muro de la rampa de acceso a este lugar. Miraba como buscando algo o un lugar donde sentirse bien entre la gente y al verme, alzó su mano en señal de saludo. Me acerqué, la miré muy despacio y, antes de que me diera tiempo a pronunciar palabra, me preguntó:
- Yo soy la princesa de los zapatillos y vestido rojo ¿me encuentras hermosa?
- Mucho más que hermosa. Tu ilusión es limpia, tus miradas serenas, tu deseo de ser princesa junto al río que corre a los pies de la Alhambra, es grande y toda tú, te proyectas desde el reino de la inocencia.

Su vestido era largo, de color rojo intenso, rojos eran sus zapatillos, su dorado pelo caía en rulos largos por los lados de la cara y sobre su cabeza, se curvaba una fina corona tejida con flores blancas de jazmín. Olía a primavera y su sonrisa transmitía armonía y serenidad.

En estos momentos, la pequeña que daba compañía al hombre de la túnica blanca, miró para el edificio del Bañuelo. Lo que por aquí vio, le impulsó a preguntar:
- ¿Qué es eso?
Justo aquí, en la misma puerta de este viejo edificio, se veía como un trono de reina formado con ramas de árboles, alfombras de verde y fina hierba, flores en muchos colores y pequeñas cascadas de claras aguas. El rumor de estas cascadas, se fundía con los delicados sonidos de guitarra que resaltaban sobre el fondo del hondo silencio de la noche y la tenue luz de la luna.